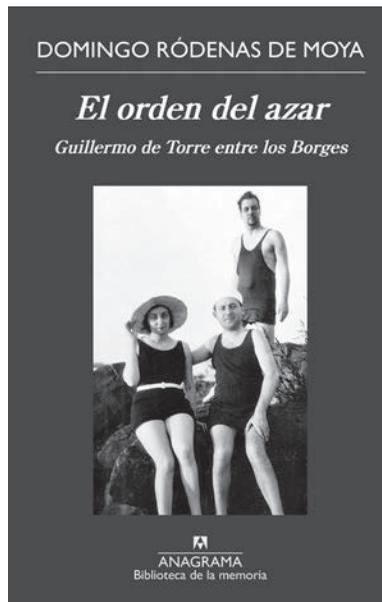


JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS / GUILLERMO DE TORRE, NORAH Y JORGE LUIS BORGES EN LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS EN ESPAÑOL

Domingo RÓDENAS DE MOYA (2023), *El orden del azar. Guillermo de Torre entre los Borges*, Barcelona, Anagrama

La revista *Ínsula* es con seguridad el lugar adecuado para escribir sobre el extraordinario ensayo de Domingo Ródenas de Moya titulado *El orden del azar. Guillermo de Torre entre los Borges* (Anagrama, 2023). De hecho, fue *Ínsula* la revista literaria que publicó a instancias de Ricardo Gullón, el artículo necrológica de Guillermo de Torre, y ese artículo lo firmaba nada menos que otro de los protagonistas de este libro: Jorge Luis Borges. Pero más importante que ese dato que figura en el cuadro de honor de méritos de esta revista, es la causa que dio pie a tal iniciativa. Sabía Ricardo Gullón de primera mano y sabía el mismo Borges que *Ínsula* era el espacio de comunicación privilegiado entre la España literaria del interior y la del exilio, y que la vida y obra de Guillermo de Torre se cimentó en parte desde el trazado de ese mismo puente, el segundo que edificara este intelectual y editor, también por poco tiempo poeta. El otro puente al que me referiré, que se sitúa en el nervio axial de la actividad que el libro de Ródenas recorre, es el puente de comunicación de España con Europa, y de ambas con Argentina y de modo lateral México, las dos principales naciones americanas del exilio republicano. Este fenómeno, como el libro entero de Ródenas, va más allá de la Literatura, incluso sobrepasa la esfera de la que podríamos llamar, utilizando el sintagma de Pascale Casanova «República de las Letras». Y sobre ese marco intelectual que va más allá de la literatura, de la poesía o de las vanguardias, quisiera decir algo en primer lugar, porque me parece que el ensayo de Domingo Ródenas tiene una importancia fundamental en la delimitación de un método de investigación y escritura del ensayo histórico literario.

Necrológica de Guillermo de Torre, firmada por Jorge Luis Borges, en la portada del nº 292 (enero 1971) de la revista *Ínsula*



Ródenas resulta clave?: la relación entre la pre-Transición y las empresas editoriales que la hicieron posible, en parte por la comunicación de modelos teóricos o metodológicos importados. En este ensayo se habla de la escisión que vivió la parte argentina y española de la editorial Espasa, con motivo de la censura que desde España se impuso a textos republicanos y argentinos de la colección Austral (hasta Ortega fue «cancelado»). Emigró Guillermo de Torre de su colaboración con Austral (título que había sido feliz hallazgo por su concomitancia con *Sur*) junto con el empresario Losada y crearon ese otro buque insignia de la edición de exiliados como fue la editorial Losada que Torre coordinaba y de la que fue alma literaria. La gente de mi generación sabemos que León Felipe, el propio García Lorca, Alberti, Neruda, Miguel Hernández fueron leídos gracias a Losada. Este ejemplo, que en el ensayo de Ródenas se recorre

con pormenor (no hay cosa que no haya sido vista con pormenor en este libro) apunta hacia la pregunta que el conjunto del ensayo levanta: ¿cómo hacer hoy una Historia de la Literatura?, incluso más, ¿cuál es el sentido de ella?

Lo primero que habría que hacer, según me he visto convencido por su lectura, es definir el nuevo objeto. Una Historia de la Literatura no debiera ser una historia de las obras literarias, ni siquiera de los autores que las crearon. De hecho, de los centenares de nombres citados (el índice onomástico del libro tiene cuarenta y tres páginas a doble columna) muchos han caído en el olvido o son apenas una nota a pie de página. Pero ¡ojo!, también observamos aquí la fungibilidad de casi todo



canon, pues mucho de lo que fue importante en las vanguardias dejó de serlo luego y alguno hay que a punto estuvo de pasar como uno más (nada menos que Jorge Luis Borges, George, que vivió fracaso tras fracaso y su desasosiego al no acertar camino hasta que, por la amistad de Victoria Ocampo con Roger Caillois, este lo rescata en 1951 y lo lleva a ser editado en francés por Gallimard y de ahí a ese lugar alto en que hoy reina (pp. 199-200). Borges no cabe duda era tan genial como difícil y atravesado (sufrió esto último su cuñado Guillermo de Torre), pero si no llega a encontrarse con el matrimonio Bioy Casares y Silvina Ocampo, o incluso más sin lo que por él hicieron Victoria Ocampo y Guillermo de Torre, quizá podría haber quedado como otro de los centenares de genios no vistos o incomprendidos o finalmente frustrados.

Cuando el lector cierra el libro lo hace sobrecogido por la evidencia de que, en la tesitura de los años inciertos vividos por Guillermo de Torre que precedieron al estallido de la Guerra Civil, se abrieron heridas que aún están por cerrarse, que esos años nos enseñan mucho a los españoles y americanos (también hubo entonces sospecha y resistencia de muchos de las nuevas naciones hacia la jerarquía de la antigua Metrópoli). Asimismo al concluir la lectura de este ensayo me he formulado la siguiente pregunta: ¿qué hacemos historiadores y críticos volviendo sobre temáticas contenidistas obvias, sobre asuntos tratados por las obras, estando todavía por construirse la recuperación de asuntos fundamentales, por ejemplo, aquel para el que el libro de

Este libro traza la historia de muchas vidas literarias y de las empresas y penurias asociadas a esas vidas (epistolarios, *plaquettes*, ediciones de revistas que se promovían y que quizá llegaban a tener solo tres o cuatro números, ediciones no venales, ronda tras ronda por la docena de tertulias madrileñas, cada una con su pope, no limitadas a la del bar Pombo donde reinaba Ramón Gómez de la Serna inmortalizada por el cuadro de Gutiérrez Solana). Había entre los años veinte y treinta tal efervescencia que la vida literaria no fue solo un marco, fue la Historia de la Literatura en su devenir concreto de opciones y descartes, que hay que contar más allá de los elencos de obras y autores. Elijo el sintagma *vida literaria* que tomo prestado del que Ferrater Mora llamó «vida española», como objeto de la Historia diferenciado del de obras y autores, con toda intención, al trazar el ensayo de Ródenas una biografía narrativa de Guillermo de Torre, con énfasis especial (no solo estrategia comercial) de su relación con los Borges, Norah y George.

Biografía narrativa es otro sintagma que sitúa el género de este ensayo. Que su orden narrativo no sea producto del azar lo muestra la elección no siempre cronológica de su decurso. Las páginas iniciales, escritas con el pulso creativo de una elegía, nos sitúan en el cementerio de la Recoleta, y ante un discurso interior imaginado de Borges, en el momento de dar sepultura a su cuñado Guillermo en el panteón de la familia que Jorge Luis siempre advertía sería el suyo (no sabía aún que compartiría espacio contiguo al de Jean Calvino en el *Plain Palais* ginebrino). El ensayo de Ródenas comienza por el final y hay una *durée* en discurso interior que muestra al profesor Ródenas como escritor, interesado en entender la compleja relación de dos protagonistas que lo serán de todo el ensayo, junto a Norah, hermana y esposa, tan leal a ambos. Porque Domingo Ródenas simpatiza con Guillermo y Norah, y menos con Borges (en cuanto persona, no como escritor) y a la luz de lo que el lector va sabiendo a lo largo del libro, no es nada extraño que así sea. Ni Rafael Cansinos Assens, que ha sido mitificado por el propio Borges ni el genial rioplatense se portaron bien con Guillermo de Torre. No fueron los únicos que le hicieron feos, queda el lector sorprendido por la cantidad de postergaciones y ninguneos que fue sufriendo. Él se entregaba generosamente de continuo, ponía en relación a unos con otros, presentaba a muchos a sus amigos de la vanguardia parisina de la que fue en cierto modo embajador en España, pero cuando se trataba posteriormente de reunir una antología de nombres en momentos clave incluso de la vanguardia, como ocurrió tanto en la revista *Índice* como con relación que la que se denominó la *Joven Literatura*, nadie se acordaba de él; unas veces simple descuido, otras envidia o celos, alguna en concreto inquina y en conjunto poco agradecimiento. No es una reseña el lugar de reproducir estas historias que parecen nimias pero que cifran tantas veces las estaturas personales (incluso morales) de tantos. También muestra Ródenas que Guillermo de Torre carecía de rencor o sentimiento de venganza, pues varias veces Guillermo devolvió con generosidad lo que a él le habían negado mezquinamente. Borges casi sistemáticamente. Hay un momento en que Victoria Ocampo en carta a Roger Caillois dice que Jorge Luis Borges estaba dotado de una inteligencia que no merecía. Pienso que no es siempre buena idea acercarse a la cocina de un genio al que se admira, algo que ya pudimos ver en el libro de Bioy sobre conversaciones con Borges, que Ródenas sin embargo apenas necesita utilizar.

Comencé hablando de los diferentes puentes (Europa-España, Europa-América y España-América) que la figura intelectual de Guillermo de Torre construyó y que termina por ser lo más importante para su lugar en la Historia de la Literatura, en el sentido afirmado de vida literaria. Es quizá la línea de fuerza de todo el ensayo de Domingo Ródenas, puesto que tales puentes constituyen la obra mayor de Gui-

llermo de Torre, superior por supuesto al libro *Hélices* que ha quedado como su lugar poético creativo, y me atrevo a decir que superior incluso al supuesto de que su obra poética hubiera reunido obras tan descollantes como la de otros amigos. Porque el primer problema era el de la Modernidad de España a comienzos de siglo XX, y en concreto en los primeros veinte años de este siglo, cuando nuestro país se abre a Europa, en concreto a París que en términos culturales era su sinécdoque. Sorprende que con veinte años Guillermo de Torre fuera capaz de escribir su monumental libro *Literaturas europeas de vanguardia* que logró publicar finalmente en 1925 en Caro Raggio, la editorial de los Baroja. Hizo una edición ampliada en 1965 en Guadarrama con el título de *Historia de las literaturas de vanguardia* y en la colección Punto Omega de tal editorial fue publicado en varios volúmenes desgajados sobre el ultraísmo, el objetivismo, el surrealismo etc. La particularidad de esta reedición estriba en que no se limitó Torre a reeditar



J. M. POZUELO
YVANCOS /
GUILLERMO
DE TORRE,
NORAH Y JORGE
LUIS BORGES...

 Almuerzo de reencuentro con los amigos en Madrid, 1952. De izquierda a derecha: Melchor Fernández Almagro, León Sánchez Cuesta, Guillermo de Torre, Dámaso Alonso, Juan Guerrero, Ángel Ferrant, Ricardo Gullón, Gregorio Prieto, José Luis Cano y Enrique Canito.

la obra de 1925, sino que la proyectó hacia las nuevas vanguardias que en los años sesenta reescribían el ansia por una literatura, arte y cine distintos del de Hollywood. Quien esto escribe se formó en esos libros de Torre sobre los movimientos de vanguardia parisinos, que afectaban a la Estética y obra de los grandes autores (Picasso, Breton, Paul Éluard, Tristan Tzara, Buñuel, Juan Gris, Stravinski, Dalí, los Delaunay, De Chirico) o críticos como Valery Larbaud o Roger Caillois.

En este ensayo a través de correspondencias y empresas editoriales que Ródenas va puntualmente citando, se observa otro fenómeno que resulta crucial para la metodología posible de una Historia de la vida literaria: sus empresas editoriales nacían en comunicación con las artes, con la pintura muy especialmente por las ilustraciones de los libros y revistas firmadas por algunos de ellos (por Norah Borges también), pero no solo con la pintura también la música (fue por Guillermo de Torre que Victoria Ocampo publicara las memorias de Stravinski, a quien Ocampo invitó al Teatro Colón de Buenos Aires, que dirigía ella). Y por supuesto el cine, con tantas páginas escritas en relación con el surrealismo (Dalí y Buñuel), los expresionistas alemanes, Eisenstein, el futurismo y las vanguardias rusas, etc.). De manera que la Modernidad vanguardista europea asomó a España muchas veces directamente por empresas y épistolas y gestiones editoriales de Guillermo de Torre, aunque también de modo decisivo a partir de las revistas de las que formó parte como colaborador o responsable editorial. Especialmente tres sin las que no se podría escribir el ensayo humanista de España y América: *Revista de Occidente* (colaborador), *La Gaceta literaria* (coeditor con Giménez Caballero) y la revista *Sur* en Buenos Aires, secretario, redactor y animador hacia ella de lo más granado de la intelectualidad rioplatense en sus relaciones con España y Europa. De manera que si al elenco de revistas para las que colaboró o creó (bastaría con las tres enumeradas) añadimos su colaboración con el Centro de Estudios Históricos, la colección Austral y la editorial



J. M. POZUELO
YVANCOS /
GUILLERMO
DE TORRE,
NORAH Y JORGE
LUIS BORGES...

Losada, vemos que sin Guillermo de Torre la supervivencia cultural de los lazos de España y el exilio habría sido otra y más pobre desde luego.

Una anécdota a propósito de Giménez Caballero que el libro recoge me servirá para dar entrada a otra dimensión de su enorme calado como ensayo histórico. Sudó tinta Guillermo de Torre cuando supo que los milicianos republicanos habían registrado la casa de Giménez Caballero, quien había ido evolucionando hacia una simpatía y militancia fascista, pues suponía bien Torre que se encontrarían muchas cartas cruzadas entre ambos, y se sabría de su amistad y colaboración en empresas editoriales y elogios sobre la erudición de *Literaturas europeas de vanguardia*. Pero, pese a la amistad, el caso es que Guillermo de Torre estaba en las antípodas del fascismo (era afín al partido de Azaña). Pero temió que en aquellos días de un Madrid a sangre y fuego nadie obedecía a matices y muchos menos los militantes falangistas o en este caso los milicianos convertidos en irracionales hordas callejeras. De manera que Norah y él salieron por piernas y hubieron de exiliarse. No cabían ya en una España donde tantos otros, como ha narrado proverbialmente Chaves Nogales, no tenían lugar firme en que asentarse, en medio de un fuego cruzado donde las amistades de antaño serían peligros hogaño. En el ensayo de Domingo Ródenas se aprende mucho sobre la Historia política de la literatura, es decir, las relaciones difíciles que en etapas diversas vivieron unos con otros. En la estela de su maestro José-Carlos Mainer, porque también se aprende de las dificultades que tuvieron con la dictadura argentina, o de cómo las firmezas antiguas (Gómez de la Serna, Marañón, el propio Ortega y Gasset y tantos otros menos conocidos) derivaron en otra cosa, a veces connivencia, otras de posiciones ambiguas, alguna otra como el espeluznante texto de Carmen Conde (p. 497), descarado cambio de chaqueta. Ocurrió igual respecto al peronismo, que terminó haciendo que se autoexpulsaran de Argentina dos tan opuestos ideológicamente como Amado Alonso y el propio Borges. En situaciones cambiantes de las que derivan censuras, permisos, subvenciones, amistad o lejanía de empresarios, las fotos ideológicas suelen salir movidas, cuando no trucadas, y son pocos —el libro nos muestra que Guillermo de Torre estaba entre ellos— los que fueron capaces de ser fieles a una línea de humanismo republicano liberal que terminó siendo sospechoso para fascistas y para comunistas.

Cuando median además biografías y personalidades del tipo de Ramón Gómez de la Serna o José Bergamín uno encuentra defendida una cosa y la contraria, según fuera la etapa, conveniencia (o necesidad). Este ensayo está tan vivo que se puede ir trazando a través de las empresas editoriales y de las posiciones políticas que algunas iban adoptando, una historia social de España y Argentina entre 1920 y 1960. Fue en 1970, momento que la narración de Domingo Ródenas escoge para sus saltos hacia adelante, cuando Guillermo de Torre alcanza por fin unánime reconocimiento y comienza a publicar sus propios libros y ensayos, que iban más allá de la historia de las vanguardias. Singularmente importante también para la reflexión teórica pionera había sido *Problemática de la literatura* (1951), pero publicaría luego libros en 1970 sobre ideas estéticas o sobre las nuevas direcciones de la crítica literaria.

La cita que sigue, escrita por Domingo Ródenas casi al final de su ensayo, condensa algo de lo que llevo dicho sobre la importancia de la labor emprendida por Guillermo de Torre:

Piensa Torre que tal vez Ferrater Mora, que lleva escribiendo su *Diccionario de Filosofía*, tiene razón cuando le dice que no se demore, que emprenda la tarea «que nadie mejor que usted puede realizar: una historia de la literatura contemporánea desde 1898, que fuera a la vez una historia de la vida española», esto es una historia de cómo se construyó y desarrolló una modernidad cultural que había sido sueño, empeño

y logro de varias generaciones. Era una gran historia y era la suya propia. Algún día llegaría el momento. (p. 520)

Ferrater Mora, que no en vano es uno de los autores del exilio filosófico que mejor ha trazado las líneas de reflexión del marco común a los españoles, vio con claridad las virtudes de la empresa de Guillermo de Torre. Contó con el respaldo de otros grandes, pues Juan Ramón Jiménez, que tan reacio fue a reconocimiento de otros, sí tuvo en estima su labor. También Francisco Ayala, Amado Alonso, Ricardo Gullón, Ángel del Río, Henríquez Ureña. Podría trazarse, no lo he hecho sistemáticamente pero lo he ido teniendo en cuenta, la nómina de quienes fueron sensibles o acogieron bien lo que Guillermo de Torre hacía como editor y dinamizador de revistas (no como poeta) y se vería que solían ser gentes con obra sólida y criterio.

También este libro recorre la historia de un amor, el que se tuvieron siempre Norah Borges y Guillermo de Torre. Viene muy bien para seguirlo el estilo narrativo del ensayo, también que buena parte de la reconstrucción se haya hecho con el epistolario de ambos a mano, con cartas y poemas que se van reproduciendo con generosidad. Muchas son las veces en las que el recorrido de esta relación enseña más de lo que cabía esperar. Por supuesto está todo cuando conviene a una pareja de enamorados, que lo son desde la primera juventud hasta la muerte prematura de Guillermo a la edad de setenta años. Pero se enseña también sobre la educación sentimental y de los usos cuyo conocimiento, pese a ser de la preguerra, habría deleitado a Carmen Martín Gaité. ¡Qué difícil era hablarse, no digo ya besarse en París o Madrid o la Costa Azul acompañados siempre de familiares!, ¡qué cortas las horas en que lograban verse!, nunca solos, y cuánto fraguó la letra, la escritura, en los matices de aquella relación. Hay en ambos una ingenuidad y un ser para el otro tan incondicional según van mostrando las cartas reproducidas por Ródenas que se explica bien que la relación pudiera sobrevivir tras tantos años bajo el mismo techo que George y doña Leonor Acevedo. Incluso para el contexto de la vida amorosa de dos jóvenes burgueses en los años veinte son muy útiles las páginas en que Domingo Ródenas va relatando la relación, también las zozobras (aborto incluido) y los temores (en plena Guerra Civil otro embarazo y huida...). Subrayo esto por una condición de estilo de la monografía. Haber optado por la vida como verdadero objeto tiene consecuencias para la vida literaria, según he ido reflejando arriba, pero sobre todo para una unidad que es en Guillermo de Torre insoslayable: vida y literatura son indistinguibles en su perfil intelectual, pues renunció desde el principio a cualquier otra vida que no fuera la literaria. A hacer carrera de hijo de familia *bien* (notario) y estudios en carrera diplomática, por serle más importante que en tal revista menor publicase tal o cual escritor entonces también menor, aunque luego acabase formando parte de la historia intelectual europea. Pero ni Éluard, ni Tzara, ni el jovencito García Lorca, ni el mismo Borges lo sabían en el momento que este ensayo recorre. A Guillermo de Torre, en conocer o preocuparse de lo que publicara cada uno de estos jovencitos vanguardistas le iba la vida. Junto a los nombrados hay dos centenares de nombres de poetas ultraístas, dadaístas, surrealistas, cubistas, que no he nombrado y que figuran en el libro, que es indirectamente una monografía sobre la constitución (a menudo avatar caprichoso) de un canon. De tal forma este ensayo testimonia también la historia de una vocación, y de la importancia que la opción por las Humanidades, las artes, literarias y visuales, tuvo en la generación que ha precedido a los padres de los lectores actuales. Ese sueño de una modernidad posible al que se refería Ferrater Mora, fatalmente truncado, lo es mucho menos merced a ensayos como este.

J. M.^a P. Y.—UNIVERSIDAD DE MURCIA